

Las infinitas cuentas atrás de Chronica Spellbound

Por Daniel Cáceres

Cuenta atrás nº4 iniciada: Me encaminaré hacia otra Realidad de la forma más pegajosa y asquerosa posible dentro de 90 minutos.

Atención, Hechicera: si sigues este curso de acción, tu ojo derecho estallará en treinta segundos.

—¡Ah! Ahora sí que avisas con tiempo, ¿eh, cabrón? Cuando tu puta vida corre peligro entonces sí que corres a avisar. Pero cuando la Teniente iba a quedar reducida a cenizas, bien que te diste tu tiempo para taladrarme con uno de tus agudos “Atención, hechicera”, ¿verdad? ¡¿Verdad?!

Acerqué un milímetro más la afilada aguja al ojo maldito, al ojo de los engranajes que rasgan mi mente, al ojo que me provoca terremotos internos, al ojo con manecillas que giran hacia atrás cuando lo único que deseo es progresar, avanzar por una vez en mi vida.

—Podrías haberme avisado a tiempo de lo que iba a ocurrir. Podrías haberme dicho solo unos segundos antes que el sobre era una trampa. Podrías. Pero no lo hiciste. Me has arruinado la existencia por última vez. Te petaré. Te petaré aunque con ello acabe tuerta. Me da igual.

Atención, Hechicera: si sigues este curso de acción, tu ojo derecho...

—¡Cállate, cállate, cállate! ¡Cállate! ¿Por qué no actúas como un poder normal? ¿Por qué haces lo que te da la real gana? ¿Por qué me has condenado a esta vida? ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Un poco más. Un empujoncito más y la punta de la aguja entraría en mi pupila. Un esfuerquito más y solo tendría que sentir el enorme dolor de perder un ojo. Un sacrificio pequeño en comparación con todo el sufrimiento que me ha explotado en la cabeza durante tantos años.

—¿Por qué...?

Un poco más. Solo un poco más. Y se acabará todo. Mis compañeras de piso no volverán a enfadarse conmigo. No tendré que ocultar mi ojo maldito cada vez que salga con un chico. La amenaza constante de volverme loca del todo será historia. Sí. Todo quedará en el olvido.

Atención, Hechicera: si sigues este curso de acción, no solo perderás tu ojo; la Cuenta Atrás hacia el Fin de los Tiempos se acelerará. Su desenlace será inevitable.

La punta de la aguja, lo único que abarcaba mi mundo en ese momento, detuvo su avance. Tembló.

—¿Por qué...?

Las lágrimas escaparon, asustadas tras saber que uno de sus hogares oculares iba a ser destruido. La visión del alfiler se emborronó, como si empezara a derretirse.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Solté la aguja en forma de caballito de mar que había cogido de los enseres de la sirena muerta. Me dejé caer hacia los suelos del camerino, que parecía ser el cementerio actual de los sueños rotos. Una parte de mi quiso moquear con fuerza, armar un jaleo que atraería al profesorado de las guarderías cercanas. Pensaba que si pataleaba, ocurriría un milagro; creí que las cenizas de Ash Winchester que reposaban allá arriba, en la mesa, se recompondrían para que mi antigua jefa me preguntara con cinismo: “¿Y este alboroto Spellbound? Reacciona. Tenemos a un asesino que dar caza”.

No ocurrió nada, claro.

Una de mis manos, nerviosa, buscó en la moqueta algún trozo de esperanza desgarrada que se pudiera reciclar. Encontró otra cosa. Dos en concreto: la libreta negra y el llavero de la Teniente. Debieron de caer de los bolsillos de la jefa mientras esta salía despedida por los aires tras abrir el sobre. Por eso no se habían convertido en ceniza.

Observé el llavero como quien examina un objeto llegado de otra galaxia. Claro, incluso las incansables agentes de la ley deben tener un hogar. No sé por qué pero la imagen mental de Ash Winchester entrando por una puerta y diciendo “cariño, ya estoy en

casa” costó en formarse, hasta el punto que solo aceptó entrar en mi mente si cambiaba a Winchester por cualquier otra persona. Sin embargo, el llavero indicaba lo contrario. La Teniente tenía vida privada.

Había tenido vida privada.

En cuanto a la libreta, mis dedos distraídos la abrieron por la última página utilizada. “Caso de Tragedia Oceánica”, había escrito Winchester. El resto de Tenientes de Scotland Yard seguían sin llamar a las personas daemónicas por su nombre. Rellenaban los expedientes como quien etiqueta productos en un supermercado: “El goblin de color negro oscuro fue arrollado por un deportivo a la fuga”; “Los dueños de la mantícora de cuatro metros de envergadura la abandonaron en su jaula y murió de inanición”; “La elfa de los bosques asegura haber sido violada en el callejón de la discoteca”. Una vez, la jefa se cabreó tanto que se pasó todo un día llamando a sus compañeros de la misma forma: “Oye, gordo cabrón que solo piensa en follarse a universitarias en lugar de pasar el finde con su mujer, fírmame el formulario”.

La página dedicada a Tragedia Oceánica constaba de unas pocas tareas, posibles hilos de los que tirar.

“Pasos a dar: Conseguir copia de la lista del público de las actuaciones recientes del musical. Obtener la lista de los trabajadores del Apollo Theatre. Ir a la sede del Conciliábulo de Hechiceros y preguntar por los magos registrados que controlen conjuros con espejismos”.

Claro, tenía sentido. Durante la Recreación Temporal habíamos descubierto que el hechizo anómalo que había acabado con Tragedia no había dejado energía mágica excedente. Eso significaba que la persona culpable había estado en el camerino de Tragedia. Lo más lógico es que o se trataba de un trabajador del teatro o se había hecho pasar por admirador y habría usado la excusa de querer un autógrafo o algo así para entrar y familiarizarse con la futura escena del crimen. Encima, el culpable había usado un conjuro extraño que parecía matar con ilusiones. Se podría acotar la lista de sospechosos descubriendo quién realizaba este tipo de

hechizos. Y el Conciliábulo era el mejor lugar para saberlo todo sobre cualquier clase de magia y sus dueños.

Había una tarea más en la lista. Se encontraba al final de la página de la libreta. No pude evitar sonreír al leerla. Era como si la Teniente tuviera su propio poder cronomántico que le había anticipado cómo iba a acabar todo. Y no iba a aceptar errores de cálculo de ningún tipo.

”Paso final: atrapar al hijo/a de su madre que haya causado todo esto”.

Alcé la mirada para evitar que me cayeran más lágrimas.

—No puedo... no puedo hacerlo yo sola, Teniente...

Acaricié esa frase tan sentenciosa escrita al final de la página.

—¡Au! —retiré la mano de la libreta, tras sentir algo muy parecido a una descarga—. ¿Qué ha sido eso?

Un momento... ¿podía ser que...? Era posible, ¿no? Todos acumulamos tiempo. El golem de metro acumulaba dos tipos: Tiempo de Rabia propia, 100% suya, y Tiempo de Palizas ajena, 100% externa. Tragedia Oceánica rezumaba Tiempo de Pasión, hasta el punto que lo extendía por todo el palco con sus campos. ¿Qué tipo de Tiempo acumularía Winchester en su libreta?

—Tienes suerte, ojo endemoniado. Te necesito así que por ahora haremos las paces. Muéstrame las manchas temporales de la libreta.

Aparecieron. Borroncitos azulados, como manchurroneos de tinta. Esparcidos por toda la página, y por toda la libreta a juzgar por el aura que la envolvía. Un aura con el color del uniforme policial. Con precaución, acerqué el dedo a una de las manchas. Nada más tocarla, fue como si una mano robusta e invisible cogiera mi alma torcida, doblegada, alicaída, y le diera un buen par de martillazos para enderezarla, reformarla, fortalecerla.

Mi lengua saboreó la dureza implacable del mazo de un juez dictando sentencia. Mis oídos temblaron con los ecos de un buen golpe dado en la mesa, uno que va seguido de un “¡y no se hable más!”. Mis intestinos se tensaron como los músculos de un súper-héroe segundos antes de iniciar un vuelo súper-sónico para dar caza al villano y ponerlo entre rejas.

Me sentía, en definitiva, robusta. Impenetrable. Poderosa. Pues este era el enorme efecto que me provocó absorber un poco del Tiempo de Determinación que había acumulado la Teniente Ash Winchester en su libreta.

—Puedo hacerlo. Puedo resolver el caso.

Me llevé las manos a la boca. ¿Había dicho eso? ¿Habían salido esas frases de mis labios con tanta decisión y fuerza? Eso no era todo. Un nuevo martillazo chocó contra mi alma. El impacto produjo un fogonazo en la oscuridad de mi mente. Y fue entonces cuando lo vi. En el breve instante de claridad entre penumbras, vi lo que puedo llegar a hacer si despejo mis dudas. Si actúo como lo haría mi jefa.

—Puedo hacer mucho más que resolver el caso. No será fácil, pero puedo conseguirlo.

Para convencerme a mí misma de que era posible, arranqué una hoja de la libreta. La partí y luego partí sus mitades, y así hasta que solo quedó un montoncito de trozos blancos. Abrí la palma de la mano hacia ese mini-destrozo y me concentré. Los engranajes del ojo derecho chirriaron, se quejaron, pero finalmente se doblegaron a mi voluntad y retrocedieron. Un poco. Lo justo para que el montoncito retrocediera, rebobinara, hasta que se restauró la página y regresó a su lugar en la libreta.

Me levanté de sopetón, algo bastante meritorio teniendo en cuenta que hasta hace unos instantes parecía una muñeca rota en el suelo, con sus extremidades dislocadas. Me sequé las lágrimas, salvo un par de ellas muy pequeñas que se quedaron reposando en la sonrisa de mis labios. Me guardé la libreta en el bolsillo frontal de la cazadora.

Extendí la palma de la mano hacia el montón de cenizas sobre la mesa. Cerré la mano enseguida.

—Necesitaré mucha energía, pero lo lograré, Teniente. Rebobinaré tu muerte. Resurgirás de las cenizas, te lo prometo. Pero antes...

Recogí con cuidado las cenizas donde había quedado atrapada Ash Winchester y las coloqué en el sobre que había ocultado la mortal trampa mágica.

—Tengo a un asesino que atrapar.

Jamás había cerrado una puerta de una forma tan firme como la del camerino.

Antes de abandonar el Apollo Theatre, hablé con uno de los agentes de policía que pululaban en la entrada. Le dije que la Teniente me había pedido copias de la lista de trabajadores del teatro así como todos los datos posibles de las personas que habían comprado entradas para los últimos espectáculos. Me respondió que sin problema, que se encargaría de pedir y recopilar esa información. Hasta ahí todo bien. Pero la cosa se torció cuando le añadí que debía mandar los documentos a mi correo personal en lugar de enviarlos al correo de Winchester.

Creo que el hecho de que mi e-mail fuera peliverdesoltera27@hmail.com no ayudó a dar credibilidad al intento.

—¿Por qué la Teniente rompería un procedimiento tan básico como mantener la documentación confidencial estrictamente en los canales oficiales de la policía? —preguntó.

El agente arqueó la ceja. Sobre ella tenía una pequeña mancha rojiza que bullía como una tormenta de magma. Esta se ensanchó un poco. Era su Tiempo acumulado de Desconfianza. Este hombre sospechaba tanto de todo el mundo que había “coleccionado” manchitas de Desconfianza carmesí en otras partes de su cuerpo: en sus brazos (de cruzarlos tanto mientras escuchaba por enésima vez a su hijo alegar que había suspendido el exámen porque la profe le tenía manía), en su espalda (de reclinarsse hacia atrás cada vez que en la sala de interrogatorios el sospechoso de un crimen exponía su coartada), en su cintura (de tanto apoyar sus manos en ella a la espera de que su nueva cita acabara de contar cómo era una mujer perfectamente normal sin ningún pasado oscuro oculto). Me había topado con la única persona que, en su tiempo libre, en lugar de hacer crucigramas, le daba por desconfiar hasta de su sombra. Pues íbamos apañados.

—Un momento, ¿dónde está la Teniente? —preguntó. No debí de haber dejado una pausa tan larga.

Su Desconfianza rojiza sobre la ceja bulló con más intensidad. Se formaron burbujitas sobre la mancha. Todas estallaron. Todas menos una, que se solidificó hasta convertirse en una manchita más pequeña. Su hijita. Bautizada en mi mente con el nombre de Desconfianza Jr.

Estupendo.

En otra ocasión ya me habría rendido. Esta no era otra ocasión. Tragedia Oceánica, una persona capaz de generar Tiempo de Pasión a su público, había sido brutalmente asesinada. Y mi jefa, una generadora de Tiempo de Determinación, se había esfumado. Debía continuar.

Mientras la Desconfianza Senior y su hija, “Desconfi Junior”, se hinchaban y se hinchaban sobre el ceño fruncido del agente, solo tuve que introducir el índice en el bolsillo frontal de la cazadora para acariciar el lomo bastante vencido de la libreta. Bastó ese contacto para tocar el Tiempo de Determinación acumulado de la Teniente.

Siempre he sentido como si la duda, la inseguridad, el miedo... fueran sanguijuelas negras aferradas por todo mi cuerpo, succionando cualquier atisbo de ímpetu. Tras absorber la energía azulada de la libreta, me tensé tanto que esas alimañas tuvieron problemas para agarrarse a mi piel. Me fue fácil cogerlas una a una, gruñirles en la cara y lanzarlas bien lejos. Al menos, durante un instante.

—¡La Teniente está demasiado ocupada como para perder tiempo en nimiedades como hablar contigo! —grité de imprevisto.

Extendí el dedo manchado de convicción hacia el agente, que se quedó muy sorprendido... aunque no tanto como yo ante la potencia de mi propia voz. Me sentía como si pudiera detectar todas las imperfecciones del mundo y enderezarlas con un buen par de hostias. ¿Es así como se sentía la Teniente todo el rato? Porque si es así, mola mucho.

El grito potente solo era parte del efecto. Sin que mi oponente verbal se diera cuenta, la mancha de Convicción de la punta de mi dedo se deshizo. Se convirtió en puntitos, mini-agentes de policía, que flotaron hacia las Desconfianzas carmesíes, matones reunidos en su guarida, que en este caso era la ceja. Las manchitas, al ver lo

que se acercaba, trataron de huir deslizándose hacia la nariz. No llegaron a tiempo: los puntitos colisionaron contra ellas y las desinflaron como globos de feria baratos. La redada había sido un éxito.

Las consecuencias de la destrucción del tiempo de desconfianza se notaron enseguida en el lenguaje corporal del agente. Este también se desinfló. ¿Aquella ceja tan robusta y tan bien entrenada con fruncimientos seguramente diarios? Temblaba como mi corazón cada vez que alguien me llamaba a las dos de la madrugada. ¿Su espalda, tan echada hacia atrás que casi podía confundirse con un puente? Se enderezó como si estuviera en el ejército y el General estuviera revisando su fila. ¿Sus brazos, tan bien cruzados que ni el aire podría colarse en ellos? Se deshicieron, se derrumbaron como un muro que llevase años separando dos países.

Al comprobar el poder que de repente tenía ante su persona, tuve que contenerme mucho para no sonreír como una perversa de cómic.

—¿O quizás quieres que venga ella a darte la orden en persona? —proseguí, extendiendo aún más el dedo; mi lanza de la justicia—. Venga, hagámoslo. Llamémosla. Seguro que lo que sea que esté haciendo no es tan importante como venir y hablar contigo.

Aspiré con deleite el miedo sudoroso que empezaba a expirar la piel del agente.

—¡No! ¡No! ¡No es necesario que venga *ella*! —el agente dijo “ella” como quien menciona a la bruja de las leyendas de un pueblo medieval.

—Que sea la última vez que cuestionas los procedimientos de una de las agentes de la ley más eficientes del cuerpo, ¿estamos?

—Sí, sí, sí —el agente hubiera seguido diciendo “sí” de no ser porque le gruñí para que cortara ese rollo—. Tendrás la información dentro de 48 horas.

¿48 horas? Dentro de 48 horas el mundo habrá terminado precisamente porque me faltaban esos datos.

—Lo quiero antes de medianoche en mi bandeja de entrada.

—Pe-pero... pero... Llamar ahora a los encargados del teatro... Esto me llevará mu-mucho...

Su tartamudeo terminó cuando saqué el móvil y fingí que empezaba a marcar.

—¡No! ¡No! No es necesario que llame a la Teniente. Lo tendrá esta noche. Lo prometo. Lo juro.

Si no estuviera imbuida por el Tiempo de Determinación de Winchester, seguramente habría acabado la conversación con una sonrisa, un pulgar hacia arriba, un “jeje” nervioso para demostrar que era la más acojonada de los dos. En cambio, decidí jugar a un juego que ni siquiera sabía que existía. Se llama “afilarse el silencio hasta que pueda cortar los nervios de la persona con la que estás hablando”. Se ve que me daba bien este juego porque el agente reanudó los sudores de su frente.

—Pe-pe... permiso para retirarme, señora.

—Concedido —asentí con un latigazo de cabeza.

Me quedé quieta. Le vi irse como un gato con la cola bufada. Las otras manchas rojizas de Desconfianza de su cuerpo no habían desaparecido, pero sí que habían bajado de tamaño. Algo me decía que la próxima vez que su hijo le intentara contar que tenía problemas en el cole, le escucharía en lugar de cerrarse tanto en banda.

Me observé en el reflejo de la pared brillantísima que tenía enfrente. Me costaba reconocerme. ¿El golem que se metió con el sátiro en el metro? Se hubiera largado nada más verme acercadome con la pose de ahora. Me gustaba. Sabía que en nada volvería a agachar los hombros y la mente se me inundaría de dudas crónicas. Pero tenía la libreta a mano, ¿no? Podía “pedir prestado” su Determinación a la Teniente en cualquier momento.

—Lo quiero para esta medianoche —repetí con tono autoritario, esta vez apuntando a mi reflejo con el dedo índice.

Que no pudiera contener mis ganas y al final dijera “¡bam!” y soplara el humo invisible de mi dedo-pistola significaba que volvía a ser la Chronica Spellbound inmadura, patosa y solitaria de siempre. Casi volví a tocar la libreta al pensar a dónde tenía que dirigirme ahora:

—En marcha, al Conciliábulo de los Hechiceros.

Dicen que antaño, antes del Choque de Realidades, el metro de Londres no era tan profundo. Qué suertudos los londisenses de entonces al no tener que esperar durante toda una eternidad mientras el ascensor les conducía a los diferentes niveles.

—Nivel 1: metro mixto —dijo la voz robótica de los altavoces del ascensor.

La pareja de duendes que había decidido que mi hombro era el mejor lugar para darse el lote dio un saltito sorprendentemente sincronizado y correteó entre el resto de piernas, garras, zarpas y colas que salieron del elevador.

—Nivel 2: metro sobrenatural.

La temperatura del enorme ascensor, medio vacío ya, bajó en picado. Mis dientes empezaron a chocar entre ellos, como telégrafos ansiosos; mi cuerpo sentía presencias a su alrededor que los sentidos eran incapaces de detectar. Los seres invisibles de Realidad Daemónica, los fantasmas, los banshees, los poltergeist... se deslizaron en silencio hacia la salida. Las puertas del ascensor no se abrieron en este nivel. Ni falta que hacía. Cualquiera o quienquiera que necesitara coger este metro, podría atravesar las hojas de acero sin problemas.

El ascensor fue bajando más y más.

—Nivel 3: metro de la red minera. Nivel 4: metro submarino con conexión a Nueva Atlántida. Nivel 5: metro del averno. Nivel 6: metro para seres oníricos. Nivel 7: metro de las pesadillas. Nivel 8: metro del inconsciente colectivo. Nivel 9: metro hacia Realidad Daemónica.

Mi parada. Llevaba rato completamente sola en el ascensor. O al menos que yo supiera. Me apresuré en salir. Intenté no prestar atención al sonoro eco de mis pasos por el pasillo; temía de repente escuchar un segundo par de pasos, o que se colara por los oídos un susurro que jamás saldría de mi cuerpo.

Por suerte, no tuve que esperar demasiado en el andén a que llegara el metro. Si es que “eso” que llegó se puede llamar “metro”.

Por el túnel había surgido un enorme ser albino, alargado, parecido a un gusano cavernario gigante. Cuando el tren orgánico,

viviente, se detuvo, me observó de reojo con sus miles de ojos. Segregó saliva hambrienta por sus orificios pulsantes. Tuve que escalar su pegajosa piel desnuda, mientras rechazaba la “ayuda” de los parásitos en forma de manos gangrenosas que salían de su piel. Me senté en su lomo. Se lo azoté un par de veces para confirmar que su pasajera ya estaba lista.

Era mentira, claro. No estaba lista.

Nadie en su sano juicio puede estar listo para visitar el único lugar que queda de aquello que alguna vez fue la Realidad Daemónica.

Cuenta atrás nº4 finalizada: He cogido el metro de Realidad Daemónica hacia el Conciliábulo de Hechiceros. Espero que las pocas pistas del caso no se queden pegadas en el asqueroso transporte.